

## ¿POR QUÉ LOS ACADÉMICOS TRABAJAMOS TANTO?

**Henry Gómez Samper**

PROFESOR EMÉRITO DEL IESA Y PROFESOR ADJUNTO DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, BOGOTÁ. CON LA COLABORACIÓN DE ELVIRA SALGADO Y BART VAN HOOF, PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, BOGOTÁ.

El profesor Philip Nel, de la Universidad Estatal de Kansas, publicó un artículo dirigido a responder esta pregunta; aunque su título, traducido del inglés, es más sugestivo: «En busca del tiempo perdido» (*Inside Higher Education*, 3 de marzo de 2014). Nel presentó seis respuestas: (1) porque adquirimos el hábito, (2) por razones económicas, (3) por la estructura del trabajo académico, (4) porque nos gusta lo que hacemos, (5) porque las nuevas tecnologías generan más trabajo y (6) porque es difusa la frontera entre lo que es y no es trabajo. Las respuestas varían dependiendo de si el académico es latinoamericano o norteamericano. Trabajamos las mismas horas —unas sesenta o más por semana— pero por diferentes razones.

¿Sesenta o más horas por semana? Años atrás, cuando un renombrado profesor del IESA culminó sus estudios en Chicago y se incorporó al Instituto, al recibirlo y anunciarle que eso era lo que se esperaba, ¡no lo podía creer! Aún hoy, muchos piensan que los académicos, con unas doce o quince horas de clase por semana, se dan la gran vida. Lo que desconocen es que, para dar bien sus clases y hacer todo lo que implica desempeñar una carrera académica, se requieren al menos sesenta.

- El hábito de trabajar. Lograr un doctorado en un plazo de cuatro a cinco años requiere trabajar intensamente; y hacerlo siendo ya docente-investigador, como ocurre entre los profesores de las más destacadas escuelas de Administración en América Latina, requiere al menos ocho años. Eso sin tomar en cuenta el tiempo que deba dedicar a su pareja, sus hijos y su familia extendida, que en este medio reside comúnmente en la misma ciudad. No solo ha adquirido el hábito de trabajar intensamente; desempeñar su labor y mantenerse actualizado lo exige. Y al profesor latinoamericano el tiempo le rinde menos: los horarios docentes son menos com-

primidos, debe asumir mayores tareas administrativas, el proceso de investigar es menos eficiente, ni hablar del apoyo disponible, etcétera.

- Razones económicas. El profesor latinoamericano recibe menor remuneración que el norteamericano y, para mantener su estándar de vida, debe asumir mayor carga docente u horas de consultoría. El norteamericano puede, por ejemplo, inscribir sus hijos en una escuela pública de igual calidad académica que una privada en Latinoamérica. Los profesores latinoamericanos viven en ciudades caóticas e inseguras. Tardan

## Para dar bien sus clases y hacer todo lo que implica desempeñar una carrera académica, los académicos requieren al menos sesenta horas a la semana

mucho en ir y volver. Tienen más presión y estrés por asuntos como el tránsito y la inseguridad.

- Estructura del trabajo académico. Mientras más tiempo es académico, más obligaciones contrae el profesor: más colegas y exalumnos conoce, son más las recomendaciones que debe formular, son más los compromisos que no puede rechazar. Quizá en este aspecto el profesor latinoamericano enfrenta las mismas presiones que el norteamericano; pero, en América Latina, las presiones se distribuyen entre menor número de profesores, hay más carga docente y más trabajo administrativo. Al visitar colegas norteamericanos, asombra el silencio de los pasillos, como también la antelación con que se pautan las reuniones y su puntualidad. Aquí el manejo del tiempo conduce al desorden y a crear tensión.
- El gusto de trabajar. Son pocas las carreras que gratifican tanto a quienes la practican como la académica. A la hora que los mejores alumnos pidan una consulta, difícilmente se la negamos. Los colegas con quienes hemos producido investigación o publicado artículos juntos son los seres más allegados que tenemos. ¿Acaso dedicarles tiempo es trabajo?
- La tecnología genera más trabajo. Permite dar clase a mayor número de alumnos mediante el uso de equipos electrónicos (proyectar

láminas en clase, pedir a los estudiantes respuestas al instante, asignar y recibir tareas por correo electrónico). Pero, en América Latina, al menos una destacada escuela de Administración evita tanta dependencia de la tecnología: limita a 23 el número de alumnos inscritos en materias de posgrado. ¡Ojala que todas nuestras escuelas siguieran su ejemplo!

- La difusa frontera entre lo que es trabajo y lo que no lo es. Es cierto, tanto en Norteamérica como en Latinoamérica. Allá el académico se esfuerza para alcanzar la denominación vitalicia y aquí para as-

cender de rango académico. Pero aquí no hay horarios y se trabaja cualquier día, dando clase tanto de noche como de madrugada. Por si fuera poco, cada profesor forma parte de uno y otro comité de la escuela para contribuir al desarrollo institucional, y muchos se desempeñan como consultores o directores en empresas u organizaciones de la sociedad civil.

Bien puede decirse que hoy la vida académica, donde quiera que se practique, es cada vez más exigente. En América Latina, la exigencia se ha exacerbado a raíz de la acreditación internacional de las escuelas, cada vez más obligada.

Felizmente hay todavía profesores latinoamericanos que logran algo difícilmente al alcance de sus colegas norteamericanos: dedicar algunas horas de la semana al fútbol o al karting, asistir a un espectáculo o deleitarse con una novela. Son profesores que hasta encuentran tiempo para pensar... **■**

## JEFE Y AMIGO A LA VEZ: ¿ES ESTO POSIBLE?

**Guillermo S. Edelberg**

PROFESOR EMÉRITO, INCAE BUSINESS SCHOOL / [WWW.GUILLERMOEDELBERG.COM.AR](http://WWW.GUILLERMOEDELBERG.COM.AR)

Una joven y exitosa profesional comentó su experiencia en una rama de asistencia a la niñez. Su actividad contribuía a la solución de